

En consecuencia, el estudio de los sofismas debe formar parte del dominio lógico, debe completarlo, aun cuando para ello sea preciso tomar en consideración actividades mentales que están fuera del dominio intelectual: por esa razón hemos dado el nombre de complementaria á la sección presente de nuestra obra que destinamos al estudio de los sofismas.

§ 6.—De proceder así, no resulta para la Lógica cargo alguno de anomalía é inconsecuencia. La Lógica dirige una actividad humana, la actividad intelectual, cuyo ejercicio engendra la creencia, y no siendo el hombre una inteligencia pura, es claro que, aunque no deba ser así, y contra lo que previene la doctrina abstracta, el hecho es, que el hombre cuando cree, pone en ejercicio, no sólo sus facultades intelectuales, sino también sus facultades afectivas y volitivas.

Dos son las formas de la actividad humana, la creencia, resultado del pensamiento; la acción, obra de la voluntad. La Lógica se encarga de dirigir la primera de tal suerte, que el sujeto de la creencia sea la fiel representación del objeto de ella; la Moral dirige las acciones de modo que queden ajustadas al concepto del bien. Pero en la Moral nos encontramos lo mismo que en la Lógica, con que no basta conocer directamente y en sí mismas las acciones buenas, y todos los moralistas, después de considerar las virtudes, consideran también los vicios; después de enumerar y caracterizar las acciones laudables, procuran hacer lo mismo con las acciones censurables ó pecados.

Otro tanto hace el lógico sin que altere por eso su programa, que por el contrario confirma; no basta tomar en consideración los buenos raciocinios, ó virtudes intelectuales, hay que considerar también esas especies de pecados de la inteligencia, que consisten en infringir las reglas del razonamiento correcto.

Decía Malebranche:..... "no basta decir de un modo general que nuestra naturaleza es débil y ciego nuestro espíritu... es necesario hacerle palpar sus debilidades. No basta repetir que estamos sujetos al error, es preciso descubrir en qué consisten nuestros errores."

Conforme á las sabias palabras del ilustre metafísico, autor de *La Investigación de la Verdad*, ya que hemos considerado en los sofismas dos elementos: uno psicológico, que es la pre-

disposición especial del espíritu, y otro lógico que consiste en simular una prueba concluyente, necesitamos ahora precisar, de la mejor manera que nos sea dable, en qué consiste esa predisposición de nuestro espíritu, abierta en las murallas de la razón como una brecha por la cual el error nos asalta. Dividiremos, pues, en dos partes el estudio de los sofismas: en la primera consideraremos sus raíces psicológicas, en la segunda sus apariencias lógicas. Los capítulos que siguen, están destinados á estos estudios.

## CAPITULO II.

RAICES PSICOLÓGICAS DE LOS SOFISMAS  
Y SU DIVISION.

§ 1.—Aunque la Psicología, en su parte analítica y abstracta, reduce nuestra vida mental á energías elementales y primitivas, dividiendo los fenómenos espirituales en sentimientos, pensamientos y voliciones, debemos reconocer que esta división, si bien irreprochable, no supone, siendo operación subjetiva, que en la realidad, la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad operen por separado.

Tal suposición sería la mayor falsedad, sólo el análisis mental distingue lo que es pensamiento, de lo que es sentimiento ó volición; pero en la vida efectiva y real del espíritu las diferentes energías psíquicas operan de concierto, mezclándose unas con otras en las más varias y diversas proporciones. Un pensamiento evoca sentimientos diferentes, sugiere otros pensamientos ó distintos deseos, más todavía, abundan en el espíritu humano estados complexos, en que si á la verdad domina alguna de las energías psíquicas primitivas, se mezclan, sin embargo, con ella otras diversas.

El amor, por ejemplo, lo clasificamos entre los afectos ó sentimientos, porque tal es la actividad psíquica fundamental que en él domina, pero analizando sentimiento tan complejo, se reconoce fácilmente que se le asocia un sin fin de pensamientos y deseos. La poesía erótica, ó por mejor decir, la literatura erótica, está ahí, para mostrar la gran cantidad de energía intelectual asociada al sentimiento de que hablamos,

y la historia de los enamorados demuestra asimismo la gran suma de voliciones que se incorporan al mismo sentimiento. La deliberación se considera, atendiendo á la energía espiritual que en ella predomina, como del orden intelectual; pero el que delibera, si lo hace sobre asuntos propios y que vivamente le atañen, experimenta al deliberar los más opuestos deseos y los sentimientos más variados. Lo mismo pasa con la determinación, acto en que las voliciones desempeñan un papel grande, pero á las cuales se asocian, y á veces en mayores proporciones, energías psíquicas del orden afectivo ó intelectual.

§ 2.—No debe perderse de vista tal verdad cuando estudiamos los sofismas con el objeto de descubrir sus raíces psíquicas. El hombre no es una inteligencia pura, sino una inteligencia asociada de la manera más estrecha é indisoluble al sentimiento y á la voluntad. El que discurre, y en el momento mismo de hacerlo, lleva consigo sus pasiones, sus propósitos, sus afectos, sus inclinaciones; por austero y abstraído que un pensador sea, nunca está totalmente acallado en él el resto de sus energías mentales, que, si el caso lo requiere, tenderán á vibrar, por decirlo así, al unísono de su pensamiento.

Cítanse á la verdad ejemplos de pensadores totalmente abstraídos, que sólo viven para su idea, sin ocuparse ni de sí mismos ni del resto del mundo; acaso Kant y Newton sean los que más se han acercado, en los dominios de la mentalidad humana, al tipo de inteligencias puras. Mas nótese, aun tratándose de estos excelsos pensadores, que la olímpica serenidad de su inteligencia sólo esplendía sin nube alguna cuando se trataba de cierto género de asuntos que, como los de la extensión y del número, no apasionan al hombre, ni sugieren en él deseos ó propósitos, sino que tienen por blanco exclusivo la energía intelectual. Efectivamente, entre los matemáticos cuando se consagran á sus tareas favoritas, es donde se observan ejemplos de extrema concentración intelectual, de completa abstracción del mundo, de olvido, no sólo de los intereses, sino aun de las necesidades más apremiantes de la vida. En casos tales, el sabio se acerca lo más que es dable en la humanidad á un ser que sólo discurre, que sólo reflexiona, que sólo medita, á un ser cuyas pasiones se han acallado, y cuyos deseos han enmudecido.

Por esa razón en matemáticas los sofismas son verdaderamente excepcionales, los fenómenos son simples, son independientes, no afectan los intereses ni excitan las pasiones, los axiomas son en muy corto número, y el hilo de la demostración, para tenderse como rayo de luz entre el axioma y la conclusión, no requiere de parte del sabio más que cierta concentración de espíritu.

Pero quitad al matemático de la esfera apacible y sosegada en que su espíritu está habituado á operar, y colocadlo en un ambiente turbio y agitado en que los deseos se inflamen, en que los apetitos se despierten, en que la sensibilidad sea más ó menos vivamente excitada, y os admiraréis del cambio verificado en el mismo espíritu; la inteligencia vigorosa que antes esplendía y realizaba prodigios exenta de sofismas, se ha trocado en entendimiento parco, diminuto, apocado y encogido, agobiado por estrechas y mezquinas preocupaciones, tan fértil en sofismas como antes lo fuera en aciertos, y que, ya queda paralizada y muda ante la nueva situación, ó bien discurre sobre ella de un modo que da lástima.

Comparad á Newton y á Laplace, serenos, dominadores y casi divinos, cuando plantean y resuelven problemas de matemáticas puras ó aplicadas á la mecánica celeste, con lo que fueron esas mismas inteligencias selectas en el teatro de la vida y en el escenario de los negocios, cuando Newton ocupó un asiento en la Cámara de los Comunes, y cuando Laplace, al lado de Bonaparte Primer Cónsul, desempeñó la cartera del Interior.

Los párrafos anteriores nos conducen á establecer que, al buscar las raíces del sofisma en los profundos senos del espíritu humano, debemos considerar al hombre en su síntesis como un ser que piensa, pero que á la par siente y quiere, siendo justamente el elemento sensible y el elemento de deseo, el terreno más abonado y propio para que en él germine la simiente de la falacia.

§ 3.—Las raíces psicológicas del sofisma son, pues, de dos categorías, tenemos por una parte las que dependen de la sensibilidad y por la otra las que dependen de la voluntad; sería aún insuficiente considerar sólo estas dos categorías, pues hemos dicho que el sofisma es engendrado en la mentalidad humana considerada en conjunto, por tanto, existe una

tercera parte de sofismas derivados del carácter, ó sea de la combinación especial, que realizan en cada hombre las energías mentales primitivas.

Vamos, pues, á considerar, en los capítulos que siguen, tres géneros de raíces sofísticas: primero, las que dependen de la sensibilidad; segundo, las que proceden de los deseos; tercero, las que provienen de la personalidad mental llamada carácter.

### CAPITULO III.

#### SOFISMAS QUE PROCEDEN DE LA SENSIBILIDAD.

§ 1.—En el dominio de la sensibilidad, debemos descartar, desde luego la sensorial, ligada estrecha é inmediatamente á la inteligencia, de carácter perfectamente definido, y en suma, fuente muy poco peligrosa de sofismas. Es verdad que los sentidos son falibles, que están sujetos á diversas alteraciones patológicas y á errores de interpretación, todo lo cual se observa de preferencia en el sentido de la vista, principalmente cuando se trata de apreciar por medio de él las formas y las distancias. Así es como una esfera produce la misma impresión visual que si fuera un disco, como un cilindro se ve como disco si el eje del cuerpo redondo coincide con el eje óptico, y como rectángulo, si dichos ejes son perpendiculares entre sí, y como una vara, sumergida oblicuamente en el agua, parece quebrada al nivel de la superficie del líquido.

Pero estas erróneas apariencias son tan comunes, tan sencillas, tan fáciles de desvanecer, que á lo sumo, darán origen á errores accidentales, ó á equivocaciones, producidas por inadvertencias, pero nunca á verdaderos sofismas.

No sucede lo mismo con la sensibilidad interna y puramente subjetiva; cuyas formas se designan genéricamente con el nombre de sentimientos. Estas sí son peligrosísimas fuentes de errores sistemáticos, porque influyen sobre la inteligencia, casi tanto, como sobre la voluntad, y nos es posible, en muchos casos, encontrar en el sentimiento el origen de extravíos de la inteligencia, como también solemos encontrar en él mismo, el origen de muchos extravíos de conducta.

Los sentimientos que como fuente de sofismas nos importa más considerar, son el egoísmo, la simpatía, los afectos y ciertos sentimientos especiales.

§ 2.—El egoísmo, ó amor exagerado de sí mismo, deplorable desde el punto de vista moral, no lo es menos desde el punto de vista lógico. El hombre que tiene un concepto exagerado de sus facultades intelectuales y de su capacidad, desdeña las opiniones ajenas, menosprecia los argumentos y las razones que él no ha discurrido, y convertido en su propio oráculo, no escucha más dictámenes que los de su mismo entendimiento.

Se comprende, sin esfuerzo, qué fecundo raudal de sofismas es engendrado por tal disposición de espíritu, la prueba más trivial en un individuo en que el egoísmo toma la forma de vanidad, adquiere las proporciones de prueba completa si proviene de él mismo, mientras que, por el contrario, la prueba más concluyente nada es á sus ojos si la ha emitido otra persona.

Por fortuna en el dominio científico los sofismas de esta fuente no son tan abundantes como pudiera parecer, siéndolo sí y mucho en la vida práctica. El sabio, gracias al gran influjo moralizador ejercido por el cultivo metódico de la ciencia, propende más bien á la desconfianza de sí mismo, que á la soberbia y vanagloria, y tratándose sobre todo de sus relaciones con otros sabios, el hombre de ciencia se presenta en la mayoría de los casos revestido de la modestia más encantadora.

Mas tan feliz influjo sólo es producido por las ciencias positivas, no sucedía lo mismo cuando los conocimientos que formaban en su mayoría el caudal del saber, llevaban el sello metafísico y sobre todo el teológico; recuérdense las agrias polémicas, las descompasadas y acres disputas que trababan en los siglos XV y XVI los doctores, cuando ventilaban alguna querrela teológica; se ofendían con los epítetos más injuriosos y despreciativos, trataban los argumentos del contrario con el mayor desdén, y suscritos son un semillero abundante de aquel sofisma de que hablaremos más tarde, que los antiguos conocieron y bautizaron con el nombre de *ignoratio elenchi*. Recuérdense también la estúpida y agresiva vanidad de Lutero, cuya inteligencia enardecida por el debate llegaba